

jarles; pero permaneció, sin embargo, haciendo frente á los sofismas de los sectarios de Dióscoro, confundiendo á los judíos y mahometanos, y cuidándose poco de los peligros que le rodeaban.

Así transcurrieron dos años, hasta que en 1559 fue muerto Claudio en una batalla contra los sarracenos, sucediéndole en el trono su hermano Adamas Segned, que educado entre los turcos, habia jurado un odio eterno á los Cristianos. Claudio los toleraba, y Adamas se disponia á perseguirlos. Oviedo se le presenta, y Adamas le prohíbe que haga profesion del catolicismo: «Vale mas obedecer á Dios que á los hombres,» le contesta el Jesuita: levanta Adamas la cimitarra al oír estas palabras para cortarle la cabeza, á tiempo que la Emperatriz se arroja á sus piés haciéndole ver la inutilidad de su cólera. El obispo de Hierápolis, cuyo semblante ni aun siquiera habia palidecido al aspecto de la muerte, no mira caer su cabeza bajo la cimitarra imperial, pero en cambio se ve reservado á otras torturas mas crueles.

Organizóse en esta época una horrible persecucion contra los Católicos; expulsáronlos de las ciudades; sumiéronlos en los calabozos, y sometieronlos á todo género de torturas que pudo inventar la barbarie de aquellos salvajes: el terror que inspiraba el nombre portugués no les permitia decapitarlos; pero no bastaba á impedir que los infieles y cismáticos improvisasen una mazmorra de este desierto en que no permitian importacion ni exportacion alguna.

Apoderáronse los sarracenos de un Jesuita enviado por el colegio de Santa Fe para consolar á sus hermanos, y le vendieron como esclavo. Fue llamado Oviedo á reemplazar á Nuñez Baretto que acababa de morir en Goa el 22 de diciembre de 1561, dejando vacante el patriarcado: amenazábale por un lado la esclavitud, y la muerte por otra; pero nada basta á detener su ardor: recorre el desierto á que ha circunscrito su celo; difunde entre los negros la luz del cristianismo; los consuela en sus padecimientos; los estimula en sus trabajos, y corrobora su fe por medio de los ejemplos de paciencia y resignacion que su piedad le inspira.

«No conozco, santísimo Padre, escribió al papa Pio IV, que le instaba á que abandonase cuanto antes la estéril Abisinia y pasase á esparcir la buena nueva de Jesucristo al Japon ó á la China, no conozco, dice, ningun medio de sustraerme á la barba-

«rie; los mahometanos nos circundan por todas partes, y han muerto últimamente á Andrés Gualdamez, uno de los nuestros; pero sean cuales fueren las tribulaciones que nos rodean, deseo con ardor permanecer en este suelo ingrato, con el objeto de padecer, ó tal vez morir por Jesucristo.» Hallábase el patriarca de Etiopia en una penuria tan absoluta, que ni aun pan tenia para alimentarse, ni vestidos para garantirse de la insalubridad del clima; llegando á tal extremo su indigencia, que para contestar al Papa se vió obligado á extraer de su breviario los mezquinos restos de papel blanco no impresos.

Cuando llegaron los portugueses á la embocadura del rio Zaira en 1485, é invadieron el Congo, se hallaban entre ellos tres Dominicos, quienes habian empeñado á los conquistadores á catequizar á los indígenas valiéndose de la dulzura; medio que les produjo el efecto deseado. Abrazaron los negros la religion católica, tomando su principe en el bautismo el nombre de Juan, en memoria del rey de Portugal, á quien llamaba su bienhechor.

El soberano Pontífice y el rey de Portugal concibieron la idea de sacar de la barbarie á esta nacion que habia contado dias mas felices, enviando para ello á Jorge Baz, Cristóbal Ribera, Jaime Diaz y Soveral, del colegio de Coimbra, embarcándose en 1547 para el Congo. Soveral, que no era mas que escolástico, abrió una escuela de instruccion pública para los niños; predicaron sus compañeros en la ciudad, y recorrieron las selvas, con el objeto de reunir á los salvajes, primeramente en familia, y después en sociedades civiles. Conservaban estos un recuerdo, aunque débil, de la felicidad que habian disfrutado sus antepasados bajo el reinado de aquella cruz de madera que volvian á presentar los Jesuitas ante su vista, y esta memoria los estimulaba á agruparse en derredor de los misioneros, que bautizaban á unos, enseñaban á otros lo que es el matrimonio cristiano, y explicaban á todos los deberes de la paternidad, sometiéndose gustosos á sus instrucciones.

Duró este estado de cosas, hasta que habiendo muerto el Padre Jorge Baz en 1553 bajo el peso de sus caritativas tareas, el rey de Congo, que no podia tolerar que le hablasen de separarse de sus numerosas concubinas, se convirtió en perseguidor encarnizado de los Jesuitas. En esta misma época se hizo Soveral á la vela para Europa, con el objeto de dar cuenta al general de la Compañía de la situacion deplorable en que se hallaba esta mision po-

co antes tan floreciente, aunque sus medidas no pudieron impedir la expulsion total de los misioneros y portugueses, verificada en el año de 1555.

Mas, ¿ cómo podian el éxito favorable, ni la derrota extinguir el celo de los Jesuitas, cuando abrigaban en su alma un principio mas robusto que la esperanza ó la desesperacion, cual era la obediencia? No ignoraban que con las pasiones tan volubles de los salvajes les estaba reservada la muerte al lado del triunfo, y que el martirio venia á ser siempre como el precursor de la victoria; pero eran hijos sumisos, y á la orden del superior, no vacilaban en caminar por tan espinosa senda. La mision de Congo no habia producido los resultados que los Jesuitas se prometian; pero como su ardor no se limitaba á este ó el otro país, en 1559 se dirigieron á la morada de los cafres.

Sabedor Gamba, rey de los mosavanges, por relacion de un hijo suyo bautizado en Mozambique, de los beneficios que resultaban á los tronos y pueblos de la admision en su seno de la religion católica, envió á Goa un embajador en busca de los Jesuitas, quienes aceptando gustosos la invitacion de aquel Monarca, comisionaron á Gonzalo Silveira, Fernandez y Acosta que arribaron á su reino en el mes de marzo de 1560. Acogió Gamba á los Padres con el mayor júbilo, otorgando amplias facultades á sus súbditos para que estudiasen y abrazasen la nueva ley; convirtiéndose al cristianismo con toda su familia y la mayor parte de los jefes del Estado, y ordenando erigir una iglesia bajo la invocacion de la Virgen. Pero el ardor apostólico de Silveira no se satisface con la docilidad de los mosavanges; no habia encontrado obstáculo alguno para aclimatar en aquel pueblo la Religion, y su alma ambicionaba victorias mas reñidas; porque como dice el P. Oultreman en su noticia: « La nobleza realza muchas veces la virtud, « no ya en la apariencia y segun opinion de los hombres, sino de « un modo real y efectivo; y así vemos á cada paso que los jóve- « nes de la nobleza que se consagran al servicio de sus reyes ó « de su Dios ostentan mayor valor y constancia que los que des- « cienden de baja estirpe. »

Era Silveira un hidalgo portugués, que agregaba el valor de un caballero al celo del misionista; por lo que dejando á sus dos

¹ Cuadro sinóptico de los personajes célebres de la Compañía de Jesús, edicion de Douay, 1628.

compañeros en aquel vasto recinto, penetró solo en el mes de diciembre de 1561 en Monomotapa, cuyo soberano experimentó, segun dicen los historiadores de aquella época, los saludables efectos de la intercesion de María. Veinte y cinco dias después que Silveira habia ofrecido al Rey una imágen de la Virgen, este solicitaba el bautismo en union de su augusta madre, y mas de trescientos nobles del reino. Furiosos los sarracenos al observar los progresos que hacia el cristianismo en aquellas regiones, acusan á Silveira de mago delante del Rey, que no pudiendo explicar el influjo que el predicador extranjero habia ejercido sobre su voluntad, se deja persuadir fácilmente de que en su conversion habido mayor parte de sortilegio que de libertad de su propia conciencia; y como por otra parte era suspicaz, entregó al Jesuita á sus adversarios. Hé aquí cómo refiere este suceso el cronista de Oultreman: « Revístese con su alba el P. Silveira, dice, revis- « te su alba, enciende dos velas al lado de un Crucifijo, y se pone « á orar mientras llegaba la hora tan deseada del martirio; pero « impaciente de ver que tardaba, se levanta á media noche y sa- « le á la calle en busca de los asesinos; no pareciendo estos por « ningun lado, torna á su habitacion y se queda dormido. Pero « sus verdugos, que le acechaban, se introducen en su aposento, « le estrangulan con una soga haciéndole brotar la sangre por « boca y narices, y atándole una enorme piedra al cuello le arro- « jaron al rio Mosengessen en 16 de marzo de 1561, verificando « otro tanto con cincuenta católicos, á quienes el Padre acababa « de bautizar. »

Muy luego conoció su error el rey de Monomotapa é hizo degollar á los mahometanos que le habian hecho cómplice de su crimen, en justa venganza del asesinato del Jesuita.

Entre tanto los dos Jesuitas que Silveira dejaba entre los cafres continuaron sus tareas apostólicas, hasta que sucumbiendo Acosta á las fiebres abrasadoras del clima africano, Fernandez, que habia podido resistir á su maléfico influjo, se vió precisado á regresar á las Indias, después de dos años de residencia en la Cafrería. Quizás seducido el Rey por un primer transporte habia pasado á reconocer la religion católica como la mas perfecta de todas, y aun á la sazón estaba convencido de esta verdad; pero sus pasiones y las de su pueblo no se amalgamaban con su razon: dejóse arrastrar del torrente del vicio, y Fernandez que no queria

permanecer espectador pasivo de un desenfreno que no habia podido exterminar con su doctrina, tomó el partido de sustraerse al escándalo, alejándose del país.

Pablo Díaz de Novaez, embajador del rey de Portugal, conducia en la misma época cuatro misioneros cerca del gran Angola, quien después de haber subyugado á todos sus vecinos habia tomado este título como para demostrar mejor su poderío. Acogió este Rey con reconocimiento á los Jesuitas, que á sus ruegos acudían é iban á llevar el Evangelio á su reino bajo la direccion del P. Francisco Govea, encargando á este Jesuita la educacion de su hijo; pero bien pronto este suspicaz Monarca, á quien asusta la inmediacion de los europeos, empieza á concebir serios temores; figúrasele que persiguiendo á los Padres llegará á cansar la paciencia de los portugueses; y sin mas, ordena que les pongan guardas de vista, y que sean mirados como cautivos. Aconsejales Díaz de Novaez que se dirijan á otros pueblos menos suspicaces, y Govea contesta, que si un soldado, para merecer el aprecio de sus jefes, no discurre acerca de su obediencia, él, siendo cristiano y sacerdote, se encuentra en la precision de obedecer á Dios y á su superior eclesiástico. Quedóse á pesar de todo entre aquellos bárbaros, sufriendo cada dia nuevas persecuciones, bendiciendo las torturas, y aspirando al martirio, hasta su fallecimiento acaecido en 1574. En esta época conducia Novaez otros Jesuitas, á cuya cabeza iba el P. Baltasar Barreira en clase de superior.

En 1560 Gabriel, patriarca de Alejandría, habia suplicado al sumo Pontífice que le remitiese algunos misioneros para los cofitos. Hallábase á la sazón separada de la comunión romana esta Iglesia que habia tenido á san Marcos por fundador, y contado entre sus mas brillantes antorchas á los Clementes, Orígenes, Ambrosios, Hilariones y Cirilos: ya en diferentes veces habia hecho concebir á la Santa Sede lisonjeras esperanzas de reunion con la de Roma; y como por otra parte se hallaba próximo á reunirse el concilio de Trento, todo inducia á creer que iban á cumplirse tan ardientes deseos. La peticion del Patriarca fue acogida con júbilo, designando el Papa con el carácter de nuncios cerca del patriarca de Egipto á los Jesuitas Cristóbal Rodriguez y Juan Bautista Elian, que arribaron á Menfis, residencia de Gabriel, en el mes de noviembre de 1561.

Luego de su arribo entraron los Padres en discusion con los sabios de aquel país, que previendo su derrota, y deseando parar un golpe que iba á hacerles perder el prestigio que tenían entre los sectarios, sublevan al populacho contra ambos nuncios romanos; amenázalos el pueblo con la muerte, y los judíos, que por desgracia formaban una potencia en Oriente, se asocian al furor popular, sin dar mas tiempo á los Jesuitas que el de rescatar de la esclavitud á varios cristianos, regresando con ellos á Italia en compañía de un diputado que mandaba el Patriarca al Concilio.

Francisco Javier habia exhalado el último suspiro enfrente de la China, sin haber hollado aquel país en que ansiaba aclimatar el imperio de la cruz. Los obstáculos suscitados por los mandarines no pasaban de ser el resultado de una voluntad humana; y por lo tanto impotentes para cansar la paciencia de los sucesores del Apóstol de las Indias. Los chinos vigilaban por la seguridad de su imperio como pudieran hacerlo los soldados mas fieles por la custodia de una ciudadela; tenían un culto, unas leyes y una civilizacion particular; pero no conocian la religion cristiana; y los Jesuitas, que pretendian confirmar las palabras del Evangelio, ambicionaban propagar sus máximas por todos los ángulos del universo.

La muerte habia impedido á Francisco Javier llevar á cabo sus planes; pero cuatro años después (en 1556) entreabrió el Celeste imperio una de sus puertas al comercio portugués. Introdúcese el P. Melchor Nuñez en Canton, una de las ciudades mas ricas y populosas del imperio; entabla relaciones frecuentes con los mandarines, y les habla de la ciencia y de la moral; pero advirtiéndoles que se opone su legislacion á toda manifestacion exterior, no quiere exasperar los ánimos con un celo intempestivo, cerrando quizás para siempre el acceso á un país donde deben realizarse un dia tantos prodigios; y se contenta con poner el pié en él en nombre de la Compañía.

Siete años después, en 1563, enviaron los portugueses una legacion portadora de ricos presentes al emperador de la China, formando parte de ella tres Jesuitas; pero como la desconfianza de los chinos era tanta, se contentaron con aceptar los regalos, sin que pasasen mas adelante las relaciones diplomáticas. Los Jesuitas esperaron, sin embargo, una ocasion mas favorable, y mas tarde veremos el éxito que tuvo su resignacion.

Veinte y cuatro años contaba la Sociedad de existencia, y cubría ya una gran parte del universo. En Europa llamaban los Católicos á sus individuos en su favor, ya como á sus guías, ya como á sus maestros en el dogma: los habitantes del Nuevo Mundo les invocaban como sus mediadores entre la justicia del cielo y la codicia de los hombres; y en todas partes se presentaban como los reformadores de las costumbres, instructores de la juventud, y adalides del cristianismo; combatiendo do quier á la herejía, haciendo frente á la calumnia, arrostrando las torturas y padecimientos, y ofreciéndose espontáneas víctimas á toda especie de martirios.

Este Instituto, apenas nacido abrazaba ya todos los apostolados, abrigaba en su seno un germen de vigor que iba á desarrollar su juventud; y este vigor tan repentino é irresistible llenaba de estupor á los que no colmaba de júbilo y de orgullo.

«Era, dice Florimundo de Remond¹, la pesadilla de Felipe «Melancton, próximo á exhalar el último aliento². Al saber que «los Jesuitas, cuyo número rayaba en prodigioso, atravesaban «los océanos y los desiertos, sin que existiese uno solo de los cuatro ángulos del orbe en que no hubiese posado sus huellas á veces bañadas en sangre: ¡Ah, buen Dios! exclamaba desde el lecho de la agonía, ¿qué es esto? Veo que todo el mundo se llena «de Jesuitas.»

¹ *Historia del origen, progresos y decadencia de las herejías*, por Florimundo de Remond, consejero en el parlamento de Burdeos, tomo V, cap. III, pág. 336. edic. de Ruan, 1648.

² Falleció Melancton el 19 de abril de 1560.

CAPÍTULO X.

Retrato de Francisco de Borja. — Su discurso en la congregacion reunida. — Es elegido general de la Compañía por la congregacion. — Decretos que promulga. — Jesuitas enviados á la isla de Malta, sitiada por Soliman. — Número de los Jesuitas y de sus casas. — Cristóbal Rodriguez en Calabria. — Eleccion del Papa Pio V. — Su carácter. — El nuevo Papa y Francisco de Borja. — Salmeron y Toledo, predicadores de la Santa Sede. — Enfermedad contagiosa en Roma. — Sacrificio de los Jesuitas. — Son nombrados visitadores en las diócesis de Italia. — Trabajos de Borja. — Pio V continúa el proyecto de Paulo IV. — Quiere obligar á la Compañía á celebrar los oficios de coro. — Cuestion de los votos simples. — Memoria presentada al Papa. — El trabajo y la oracion. — El Papa desea formar una cruzada contra los turcos. — El cardenal Comendón, legado de la Santa Sede, y el P. Toledo. — El cardenal Alexandrini y Francisco de Borja. — Canisio en Alemania. — La castidad de los Jesuitas calumniada por los sectarios, que no pueden explicar el pudor de los escolásticos. — El P. Canisio, legado cerca de las cortes germánicas. — Hace proclamar el concilio de Trento. — Sus viajes. — Asiste á la dieta de Ausburgo. — Política de los Protestantes. — Retrato de Federico III. — Sus utopías de reforma. — Canisio, Nadal y Ledésma concilian los dos partidos. — Nuevos colegios en Olmutz, en Wurzburg y en Vilna. — Estanislao de Kotska. — Su muerte. — Apostasía del P. Adan Heller. — *Las Centurias* de Ilirico. — Fin y espíritu de esta obra. — Canisio recibe el encargo de contestarla. — Le acusan de haber renegado de su fe. — El P. Maggio en Polonia. — Impide al rey Segismundo que repudie á su mujer. — Progresos de la Compañía en Alemania. — Resultados de la legacia de Comendón y de Toledo. — Los Jesuitas Blyssen y Warsevitz. — Eleccion del duque de Anjou, rey de Polonia.

Francisco de Borja, en quien Laynez al morir habia parecido resignar, como una última prueba de confianza, los poderes de general de la Compañía de Jesús, era un hombre excepcional. Grande por su nacimiento, su celo y su honor, habia buscado un asilo en la humildad, se habia separado de las cosas terrestres para vivir mas íntimamente con Dios. Su vida fue un prodigio continuo de obediencia y abnegacion. El amigo de Carlos V y de Felipe II, el aliado de todos los monarcas de Europa, habia repudiado, en lo mejor de su edad, el brillo y las riquezas: el que habia nacido para mandar á los otros solo aspiraba á obedecer.

A fin de abrazar el instituto de los Jesuitas se hizo superior á